

VOCES INMIGRANTES: DE ÁRABES Y JUDÍOS EN EL RELATO CHILENO. UNA PRIMERA APROXIMACIÓN

RODRIGO CÁNOVAS

P. Universidad Católica de Chile

Este trabajo consiste en un estudio preliminar de las voces inmigrantes del relato chileno, centrado en las voces árabes y judías. Nos interesa señalar los rasgos que singularizan estas experiencias en los ámbitos de la lengua, la etnia, la religión, la nación y la familia. En esta primera aproximación nos hemos centrado en la lectura de dos relatos sobre lo árabe: *Memorias de un emigrante* (1942), de Benedicto Chuaqui, y *El viajero de la alfombra mágica* (1991), de Walter Garib; y de dos relatos sobre lo judío, *Sagrada memoria* (1994), de Marjorie Agosín, y *Para siempre en mi memoria* (2000), de Sonia Guralnik.

This work consists on a preliminary study of the Chilean stories of immigrants, focused on Arab and Jewish texts. We will present this cultural experience in connection with language, ethnicity, religion, nation and family. In this first approach, we have focused on the reading of two stories on the Arab experience: *Memorias de un emigrante* (1942), by Benedicto Chuaqui, and *El viajero de la alfombra mágica* (1991), by Walter Garib, and of two Jewish stories, *Sagrada memoria* (1994), by Marjorie Agosin, and *Para siempre en mi memoria* (2000), by Sonia Guralnik.

Fue natural que durante el último tercio del siglo XX se examinara el relato chileno atendiendo a sus marcas ideológicas, recreándose una identidad chilena de carácter más bien estática, paralizada en oposiciones binarias, donde la comunidad se definía desde el ideario de las utopías sociales y contrautopías. En el inicio de este nuevo siglo, cuando las reglas de convivencia social tienden a privilegiar la tolerancia y el libre intercambio de ideas, comienzan a valorarse aquellos relatos chilenos donde nos reconocemos desde una experiencia cultural híbrida, centrada en marcas étnicas, lingüísticas y subjetivas. Ya no se busca lo homogéneo, lo inamovible, sino las raíces de nuestra diversidad, sin que ello perturbe nuestras tradiciones, permitiendo, eso sí, un diseño menos determinista de nuestro destino como sujetos de una nación.

Nos interesa estudiar aquellos relatos que inquietan por nuestros orígenes, insistiendo en sus rasgos nativos (por ejemplo, los testimonios mapuches), en sus marcas de exilio y forasterismo (relatos de emigrantes) y, en especial, en sus marcas de evidente extranjería: la experiencia de los inmigrantes, que

llegaron hablando otras lenguas y profesando otras religiones, ajenas en principio al espíritu nacional (piénsese en las olas migratorias de alemanes, croatas, italianos, españoles, de chinos, árabes y judíos, y de otros grupos). Incluso, esa mirada descentrada sobre los diversos registros que constituyen nuestra subjetividad nos permitiría releer la literatura nacional, para descubrir en ella los personajes migrantes que siempre la han animado, quienes no se acomodan en ningún espacio específico (el salón, el barrio, una ciudad), constituyéndose como cuerpos nómades: allí, esos seres solitarios del fin del mundo patagónico de Coloane; allí, Aniceto Hevia, hijo de un ladrón, inolvidable personaje de Manuel Rojas, que deambula por las calles de Buenos Aires, Valparaíso y por los desolados parajes nortinos, sin papeles de identidad.

Teniendo presente este marco cultural, presentaremos una primera aproximación a las voces inmigrantes del relato chileno, centrada en las voces árabes y judías. Nos interesa señalar los rasgos que singularizan estas experiencias en los ámbitos de la lengua, la etnia, la religión, la nación y la familia. Hemos elegido estas voces porque constituyen lejos el corpus más numeroso, más diverso y de mayor jerarquía poética en el ámbito de los textos sobre inmigrantes; muy especialmente si nos remitimos a la producción de las últimas décadas.

VOCES JUDÍAS

Una rápida revisión de voces judías en el relato chileno nos otorga a lo menos una decena de obras publicadas en la última década, que incluyen memorias, biografías, novelas y textos de miscelánea, como aquel escrito por Isaac Mordoh Najum sobre los judíos sefardíes (RAE), que incluye el edicto de expulsión de Aragón y Castilla de 1492, datos historiográficos sobre la presencia judía sefardí en Chile, una selección de refranes, una carta inventada de un supuesto inmigrante de principios del siglo XX escrita en ladino, más un vocabulario y otros aditamentos. De este vasto material, pasaré a presentar dos relatos: la novela *Para siempre en mi memoria* (2000), de Sonia Guralnik, y la biografía *Sagrada memoria* (1996), de Marjorie Agosín.

La novela de Guralnik tiene una rara y laxa composición. Todo ocurre en una pensión judía de un barrio pobretón de Santiago (Recoleta), donde va a parar una ralea de judíos proveniente principalmente de la antigua Rusia y de Polonia. Allí los recibe la señora Gitl, originaria de Kiev, que llegó con su esposo Samuel al mismo fin del mundo hacia el año 1929, por temor de las *razzias* bolcheviques. Así aparece en escena una procesión de seres de edad ya avanzada, todos muy tristes, decaídos y pobres. En realidad, son restos de seres, provenientes de muy diversos tiempos y espacios, que se instalan por

una temporada en esta estación de desamparados. La pensión opera como una cavidad virtual, un cuerpo enquistado en un barrio chileno que lo soporta sin grandes prejuicios, el cual contiene, a su vez, a otros judíos, de mayor poder adquisitivo. Uno tiene la impresión de que la pensión judía es un espacio de protección mínimo abierto en cualquier parte del mapa, en cuyo interior los doce pensionistas (como las doce tribus) se apegan mínimamente a ciertos ritos básicos, sin gran convicción.

Sin embargo, quien crea que estamos ante una alegoría de la autodestrucción y que esta historia es la Caída del Hombre, tal cual la imaginó Walter Benjamin en los años 20, está redondamente equivocado. Estas vidas serán resucitadas, parchadas y remendadas como las ropas de los patipelados desde un conjunto de narraciones paródicas que recrean la cultura judía. Así, si los personajes de carne y hueso están viviendo un presente en una cámara vacía, en el cero, su voz comunitaria los devuelve a las series de números positivos que pueden operar un mínimo recuento memorioso, que les señala nuevos destinos.

Pasemos revista a estos llamados a la puerta, cual quinta sinfonía de las desgracias. Los golpes anuncian verdaderos núcleos fragmentados o, si se quiere, reminiscencias de personas: el sastre Marcos Fisher, originario de Besarabia, que perdió a todo su núcleo familiar en los campos de concentración y ahora ocupa una pieza compartida; Genia, la aventurera polaca, una mujer madura “con arrestos de primadona” (54); aunque, como dice el buen Samuel, “no es más que una pobre mujer en el mundo” (54); don Jacobo Bernstein, quien dejó a su esposa embarazada en algún lugar del convulsionado mapa europeo, la cual aparece diez años después en el puerto de Valparaíso, ajada y vencida, una mitad convertida en pedazos, que no encaja en la otra mitad masculina que la espera, no con los brazos abiertos, sino de espaldas, figura también encorvada y desconectada del tiempo.

La pensión, ese bolsón afectivo resguardado y nutrido por la señora Gitl, experta hacedora de compota de manzanas, constituye un bastión donde la comunidad judía se empeña en vivir su tradición desde su continuidad y su transformación. Acaso lo que más esté en juego es cómo ejercer el principio de autoridad. Así, un rabino de viejo cuño será expulsado junto con su hijo Beñi, por su falta de sensibilidad y excesiva estrictez, siendo remplazado al final del relato por un joven tímido e ingenuo, que enseña religión tocando la katerinca. La potestad masculina, de padres y hermanos mayores, es resentida y parodiada en la anécdota, desde su inicio, por el matrimonio de la joven Gitl: sus dos hermanos descubren a un joven devoto y necesitado de dote en un tren en la convulsionada Rusia de 1918 y se lo endilgan como esposo. Entre otras historias, mencionemos la del papá Rosen, quien encarga un novio a

Polonia para su hija enana (mandando una foto trucada, por cierto) o aquella del irascible señor Markus, quien decide rebajar la dote de su hija al saber que se va a casar con un farmacéutico (y no con un profesional de verdad).

Existe una complicidad comunitaria en la voz que recibimos: son historias amonedadas por el humor, desde las variantes del ridículo, el absurdo o el sinsentido. Así por ejemplo, el sentimiento de rechazo hacia una ley demasiado severa e inmisericorde aparece representado en el siguiente entremés: la señora Gitl, con ciertos indicios de menopausia, provoca en la sobremesa al serio y adusto rabino Osías Piltnik, frotándolo contra su cuerpo. Este hombre invulnerable, gran predicador contra la lascivia, se queda en posición firme, lívido, con las manos arriba. Justo en ese momento, se escucha una “débil tosesita” (27), la del marido Samuel, irrumpiendo en el comedor. Los hechos se precipitan. El humilde Samuel, considerado por todos como “el trapero de la señora Gitl” (29), cuya actividad es la de “semanero a crédito” (29), le comunica a Osías que debe abandonar la pensión (lo cual implica abandonar el país). Cual Nuevo Moisés, este organiza a la comunidad, la cual le financia el viaje de vuelta a Rusia al terrible y latoso rabino. Así este marido, a quien su esposa le recuerda diariamente que está dedicado a las Marías (puesto que vende al fiado a las sirvientas y empleadillas del barrio), escolta al terrible Osías al puerto de Valparaíso desde donde este regresa al mapa antiguo. De vuelta, la plebe inquiera detalles al héroe: “que si había dado las gracias por los pasajes” (30), que cuáles habían sido sus últimas palabras, “que si gritó de nuevo que este país era Sodoma y Gomorra” (30), como efectivamente lo hizo. Y así, al cierre de este pequeño cuento, celebramos humorísticamente la venida de un nuevo orden.

Este cuadro, que aparece en los inicios de la novela, encuentra su complemento en otro dispuesto hacia el final: la llegada de Moshe Baraban, un joven tartamudo que se gana la vida tocando la katerinca y repartiendo pelotitas de aserrín, con un loro en su hombro. Este tímido personaje, que viste pantalones flotantes de payaso, es, en realidad, un profesor de religión y casi un rabino (salió mal en el último examen, por lo cual su mujer lo echó de la casa). Al melodioso y nostálgico son de su instrumento, este dulce personaje enseñará la Ley a los niños judíos de la pensión.

A estas narraciones “del rabino y la dueña,” y “del profesor payasín,” le siguen otras cómicas y patéticas, como la “del viudo avaro y la aventurera polaca,” donde un hombre de oración debe soportar vivir por un tiempo con una mujer casquivana y pendenciera, la cual como provocación última le instala en su velador la imagen de la Virgen de Lourdes. La polaca es expulsada de la pensión y el viudo devuelto al barrio de donde venía, reintegrándose así el orden.

Existen también historietas absurdas y macabras, como la “del judío y el nazi,” donde alguien sobreviviente del holocausto comparte pieza con un señor muy limpio y metódico, quien muere con su uniforme de la SS puesto y escuchando bandas militares. No obstante, el judío Fisher exige se le entierre bajo la ley mosaica, por considerar que era un hermano que había enloquecido. La historia política chilena irrumpe también en el escenario de la novela a través de la presentación de la historia dramática de Norma, una muchacha judía que rechaza la función de ser la bonita y engreída del barrio, convirtiéndose en una estudiante universitaria y en una luchadora comunista. Muere asesinada durante la Ley Maldita de 1948. El otro cuento trágico, ligado a las efemérides nacionales, se refiere a la muerte de un judío que apenas sabe la lengua, que duerme en la pieza de las escobas y que reparte alegremente del diario comunista *El Siglo* en el transcurso del año 1973, sin saber nosotros si él entiende bien lo que ello implica. Muerte equívoca, ingenua, un malentendido, como la misma situación de los judíos en la Historia de la Humanidad.

Ahora bien, esta pensión está como suspendida en el aire. Lo nacional apenas se cuela por las rendijas. Norma es del barrio y golpea la puerta para pedir refugio y seguir escapando a otro lugar; mientras que el hombrecito de *El Siglo* es un mudito alegre, un allegado dispuesto por la misericordia rusa en la pieza de cachivaches. Hay, eso sí, un golpe rotundo, práctico, de pobreza solidaria chilena, que irrumpe con claridad en ese espacio: es la Minduca, lavandera y empleada, ascendida por la nutriente señora Gitl a ama de llaves. Será el contrapunto práctico de la dueña de la pensión, tan llena de remilgos nostálgicos.

Aunque la pensión sea un refugio de las persecuciones sufridas en el Viejo Mundo, paradójicamente funciona también como una borradura en relación al espacio chileno que lo contiene. Es una matriz sin futuro. La señora Gitl aparece como la cuidadora de un cuarto de juegos para niños abandonados o para senescentes. Sorprendentemente, será por el lado del denostado hombrecito de la casa, el esposo Samuel, aquel que ha salido diariamente durante veinte años a dialogar con las Marías, por el cual se abrirá finalmente un boquete en la pensión y en el corazón de la esposa. Él instala un negocio y Gitl decide acompañarlo en esa aventura, renunciando a realizar un viaje nostálgico de vacaciones a su querido lugar natal de Kiev. Y será ella quien le pondrá nombre a ese boliche. Lo llamará “El fin del mundo,” justo por lo contrario; porque desde ese momento la historia y la vida entera entrarán en la pensión, en un nuevo Génesis, en Chile.

El segundo texto que comentaremos es *Sagrada memoria*, de Marjorie Agosín, cuyo subtítulo es *Reminiscencias de una niña judía en Chile*. Esta obra podría leerse como una autobiografía, en cuanto Frida, madre de Marjorie,

recompone fragmentariamente sus vivencias desde la primera persona. Sin embargo, es más correcto leerlo como una biografía sobre Frida, por cuanto Marjorie nos indica expresamente que es ella quien cuenta las vivencias de su madre; lo extraño, eso sí, es que lo hace apropiándose de ese cuerpo y de esa voz. Quien habla es “Yo, Frida;” quien la hace hablar es “Yo, Marjorie, su hija.” Aun así, bien puede entenderse también que estamos leyendo una novela personal, ya que existe una mínima equivalencia entre el autor y el narrador: como advertencia, la autoría nos dice en la página inicial “no inventé nada, pero tal vez todo” (16) y durante el relato, en más de una ocasión Frida queda suspendida en el aire y solo vemos a la hija.

Ahora bien, esta artificiosidad es signo de un anudamiento de voces culturales, de ecos, que se van retomando a través del tiempo. La voz de la abuela Helena (la dama de Viena, que logró escapar del nazismo) es acogida en el Yo de la mamá Frida (niña que en la pequeña localidad chilena de Osorno era llamada normalmente “perra judía”), que a su vez es acogida en un Nosotros (Tú y Yo, madre e hija), en un relato que recupera en círculos concéntricos los fragmentos de una historia familiar y comunitaria.

Desde el presente, la hija acuna a la madre, le otorga un regazo escritural a sus historias orales, la cura de sus estigmas. No obstante, siempre quedará un resto, una marca indeleble, central, que vuelve a situarse trágicamente en las vidas futuras. Si Osorno de 1938, con sus familias germanas y sus indiecitos subalternos, se asemejaba a cualquier pueblito alemán con los hornos crematorios listos para funcionar, la ciudad de Osorno de 1993 todavía guarda las huellas de su pasado en las fotos de Hitler ofrecidas en las tiendas de antigüedades para adornar la casa. La escritura no está allí entonces para lograr una conciliación, sino para parchar, remendar, dejando la costura a la vista, para dibujar la estrella de David como estigma sagrado.

El relato es bastante fragmentado, operando desde el pegoteo de impresiones recortadas en un lenguaje poético. Frida recupera parcialmente los nombres e historias de su árbol genealógico, en especial la línea materna, cordón umbilical que liga al sujeto con lo sagrado y con los libros, constituyendo estos casas donde como dice la abuela Helena “los judíos podían habitar unidos como en el reino de los sueños” (83). Son ramas de la orfandad, amarradas en mínimos recuentos poéticos, a las cuales se les agrega una cartografía precaria: los abuelos provienen de Odessa y Viena; la tía Liesl vivió en Praga antes de trasplantarse a Cochabamba; la señora Schpirman, acogida como refugiada en suelo chileno, nació en Jolem, una localidad judía de Polonia que no sale en los mapas, de la cual salió huyendo despavorida sin su dentadura. Si los lugares de origen tienden a difuminarse por las persecuciones, los lugares de llegada se muestran precarios, prontos a ser borrados

o intercambiados. Así, Frida delimita su lugar de nacimiento en estos términos: “nací yo en Tacna, en la frontera de Chile, Bolivia y Perú, en la llanura más desierta de la América” (33).

Dos son los espacios privilegiados del relato: el puerto de Valparaíso y el poblado o pequeña ciudad de Osorno. El puerto es un espacio libre, donde se puede acumular riqueza y vivir bien; pero este es un frontis engañoso, que no permite imaginar el mal, que es Osorno, más recóndito y por ello, más permanente y con visos de repetición. Arman la memoria de Frida las impresiones de los años 1936-1938 en esa ciudad sureña, cuando asistía a un colegio fiscal (y no a uno alemán, inglés o de las monjas carmelitas) y acompañaba a su padre Joseph a la estación de trenes a recibir a algunos refugiados que habían logrado escapar del nazismo. Los hechos venideros —el holocausto, las continuas separaciones— aparecen incorporados retroactivamente en esas impresiones tempranas, siendo Osorno el hueco que la memoria tiene que hurgar, volviendo a pasar por su maldición, su escarnio, para incorporarlo como una herida viva.

El trabajo de la memoria es el trabajo con la imagen traumática del holocausto, de revivirlo en la pantalla del recuerdo para asumir la cultura desde ese estigma y de paso enrostrar a la Humanidad su insensatez. Los recuerdos de la vieja Frida de su infancia, los recuerdos que engendraron a la hija están teñidos de situaciones humorísticamente escabrosas, como aquel maniquí de la vitrina del tío Isaak que tiene un solo pie, o la sonrisa brillante de la Schpirman bajándose del tren con una inmensa dentadura de oro, o los juegos sexuales dentro de los catafalcos con los únicos amiguitos de la infancia cuyos padres eran dueños de una funeraria; en fin, la convivencia del estudiante de medicina Moisés con un cadáver —Luchito,— colgado detrás de la puerta del cuarto de pensión, del cual se sirve para repasar sus lecciones. Son anclas de la memoria, objetos y situaciones que recortan humorísticamente una situación humillante, la de constituir un cuerpo agredido, marcado por una etiqueta verbal: “perra judía” (43), “judía de mierda, asesina de Cristo” (48). Es en este contexto de prejuicio religioso donde la madre se siente desprotegida por un dios judío demasiado lejano y no entiende por qué la virgencita de ojos azules, como los suyos, no la ayuda. Por ello, le sacará un ojo a una de sus imágenes en yeso; además de que la voz de la hija, modelando las impresiones de su madre, hará sorna de los ritos del bautizo y de la comunión.

¿Qué hay entonces del país? Si se vive en Osorno, “territorio de extranjeros, de nazis, de indígenas y de escasos judíos” (57), si la impronta católica los condena al *ghetto*, entonces, ¿existe un lugar para ellas en la patria chilena? Sí, está el afecto, que entra y sale de la casa de Frida a través del desfile de empleadas, gente popular y sufrida, muchas de las cuales comparten una vida

tronchada por el destino, como es el caso de la Carmencita, quien perdió a toda su familia en el terremoto de Chillán del año 39. Está también el paisaje natural, los maravillosos bosques sureños, su fauna, sus vistas marítimas; aunque la pantalla traumática de la memoria a veces cruza olores y visiones, contaminando el ambiente de temor: hay también otros bosques parecidos a estos y, por extensión, otros trenes, otros amaneceres. Es como si el país se hubiera desprendido de sus emblemas, siendo una cáscara rota.

En este libro el país solo tiene existencia plena en el ritmo poético de la lengua castellana y en los versos del Pablo Neruda de las *Residencias* y, por extensión, en las figuras de sus poetas mayores. Gabriela Mistral aparece en Osorno para recibir una flor de la colegiala Frida, recordándonos su escritura abierta a diversos credos y su defensa de lo indígena. Chile surge desde un verso, un poema en prosa, una oda. Así, la muerte de su hermanita en La Paz, enterrada envuelta en papel de diario en el desierto, la dibuja así: “Mi madre miraba esa carrocita blanca, esos papeles de diario y el cementerio judío en el altiplano: un abismo imaginario” (26). Marjorie Agosín ensaya una poética de las cosas que le permite ejercer una sublimación del mundo maligno, una conversión del mal en una armonía plástica. Por ello, nos despedimos momentáneamente de esta *Sagrada Memoria* con este párrafo de sesgo residenciario que es un misterioso responso germinal: “Las camas extraordinarias en su inmensidad, ocupando el espacio redondo de las alcobas, las camas mirando hacia el mar de los sargazos o hacia los rostros huidizos de la muerte” (37).

Hemos presentado apenas dos voces judías del relato chileno y, en realidad, no sé si sean las más representativas entre al menos una decena de voces registradas solo en los últimos años. Sí podemos enunciar tímidamente, algunas posibles constantes, por cuanto aparecen también en otros textos de esta serie. La mujer es la portadora de la tradición, significando la matriz. Así, en la sugerente novela *Por el ojo de la cerradura* (2000), de Jorge Scherman, se nos relata la historia de una familia a través de tres generaciones, privilegiando las voces de la abuela Viera Gleiser (nacida en Kichinev), su hija y la nieta Marina, quien deambula junto con nosotros en el Chile de la postdictadura. Aquí, el autor despliega todo el escenario del siglo XX para que ellas actúen, se recriminen y se hagan cargo de los repliegues masculinos, en una familia donde los hombres se comportan como niños alegres y traviesos o como entes rencorosos y desesperanzados.

En las narraciones de Guralnik y de Agosín se figuraba un árbol genealógico en descomposición. Pues bien, no es este el rasgo predominante en esta serie de textos, por cuanto en otros, y especialmente en las novelas, se despliega un frondoso árbol, indicándonos así que el origen es imborrable,

más allá de sus hibridaciones. Tales son los casos, por ejemplo, de las valiosas novelas *Donde mejor canta un pájaro* (1994), de Alejandro Jodorovsky, y *Las jaulas invisibles* (2002), de Ana Vásquez-Bronfman, donde incluso se acompaña en hoja aparte la intrincada genealogía, para que sirva de guía a los lectores y para que de paso aprendan nombres distintos a los de las lenguas romances. Tampoco es una constante la escasa marca de lo chileno; lo común es, más bien, su aparición obligada en la genealogía, por alianzas amorosas y sociales, lo cual abre este árbol a la experiencia originaria americana. Por último, indiquemos que Israel aparece como un espacio de clara identidad en muchos de estos relatos; en algunos, como en Scherman, lo será para las generaciones más antiguas; pero en otros, como en Guralnik y en Agosín, para los más jóvenes: Frida se casa con Moisés en 1948, año de la creación del estado libre e independiente de Israel, y el hijo mayor de la señora Gitl dirige sus pasos hacia los kibbutz.

VOCES ÁRABES

La colonia árabe en Chile es relevante, siendo el grupo palestino el más numeroso de toda América Latina. Tendremos que averiguar por qué vericuetos, una vez pasado del Estrecho de Gibraltar, esfínter hacia España y el Nuevo Mundo según anotación de un paisano, tantas gentes se radicaron en un paisaje casi despeñado en las costas del Pacífico. Hemos encontrado también, en una pesquisa preliminar, ocho textos sobre esta experiencia de inmigración, con la particularidad de que algunos de ellos aparecieron ya en los años 40 y continuaron apareciendo en un ritmo constante y moderado en las siguientes décadas. Esta temprana aparición se explicaría porque el flujo migratorio árabe ocurre durante el último tercio del siglo XIX, por lo cual ya hay una comunidad más asentada en el discurso nacional hacia mediados de siglo.

Destaquemos que, en materia de estudios literarios de estos relatos de inmigración árabe, contamos con las investigaciones de María Olga Samamé, de real valía por el enfoque sociocultural y retórico del material estudiado. A continuación comentaremos dos textos sobre la inmigración árabe, el más antiguo, de 1942, y luego, uno mucho más reciente, que data de 1991.

En primer lugar, quiero referirme al testimonio de Benedicto Chuaqui, un sirio que llegó a Chile como inmigrante siendo casi un niño, a comienzos del siglo XX. Nos referimos a *Memorias de un Emigrante*, cuyo subtítulo es *Imágenes y confidencias*.

Un ciudadano chileno nacido y criado en Siria nos cuenta las peripecias de su vida desde un presente datado en 1942. Estas confidencias siguen el

siguiente orden: primero nos cuenta su niñez en la ciudad de Homs junto a su familia (nace en 1895 y emigra a América en 1908, a los 13 años de edad). Luego, en una segunda parte, narra sus avatares adolescentes como vendedor ambulante y negociante mínimamente establecido en la barriada popular de la Estación Central, en Santiago de Chile, desde 1908 hasta 1922, fecha en que se considera integrado a la sociedad chilena al ser aceptado como miembro del Cuerpo de Bomberos de ese enclave ciudadano. Así, un hombre maduro cercano a la cincuentena reflexiona sobre su experiencia cultural, aclarando sus puntos de vista sobre su país de origen, Siria, donde se llamaba Yamil, y sobre su país adoptivo, Chile, donde primero le pusieron Camilo (que rimaba con el primigenio) y luego, Benedicto, nombre más prestigioso, el cual funciona como mediador entre las dos culturas por sus connotaciones religiosas, válidas en ambos casos.

Las primeras 75 páginas del libro constituyen una amena relación de los usos y costumbres en Homs, su lugar de origen. Deseoso de comunicar su cultura y estando muy consciente de la mínima información de sus lectores nacionales y de habla castellana, va derivando su mundo originario desde su constante comparación con el aquí y ahora chilenos. Así, de las peluquerías Chuaqui anotará: “En ellas se sacaban muelas y dientes, se vendían sanguijuelas y se aplicaban ventosas. Había una sección destinada a lavar y aplanchar turbantes. Eran actividades tan diversas que en realidad resultan estrafalarias, miradas desde esta parte del mundo. Pero allá era lo normal” (11). El autor nos habla de comidas y bebidas; de vivienda, negocios, educación, trabajo y oficios (de zapatero, tejedor e hilandero); de calles, colegios y mercados; del matrimonio, las vestimentas religiosas, los baños, la moral, la familia y la historia política; amén de las escasas noticias de América gracias a las cartas de parientes y amigos de la comunidad.

Más allá del cuidado de la narración y de su amenidad, lo que es singular y notable es que se nos entrega Homs desde una mediación lingüística, asociándose aquí naturalmente la cultura con la operación de traducción de una lengua a otra. No hay página que no aparezca intervenida por una definición, una glosa, una traducción literal o alguna precisión sobre ciertos protocolos del lenguaje. La vida aparece recortada en una experiencia afectiva articulada en el lenguaje. Aprendemos así (pues de eso se trata, de que los americanos algo captan de lo árabe) que pícaro se dice *jahiz*, que baño es *drubi*; que *basra* es una especie de sweep o casino, que *zamuc* es una callejuela corta y estrecha y que *mayusucar* es un jarabe aromático de guindas, grosellas y otras frutas (nótese que en estos últimos ejemplos un término árabe no tiene un término que le corresponda en castellano y que es necesario otorgar una definición).

En varias ocasiones se nos otorga una traducción comentada, que destaca la originalidad de la lengua nativa; así, a los ciegos se les llama afectuosamente *darira*, que significa literalmente “dañada;” mientras que la epidemia de cólera es denominada *aua astar*, “viento amarillo.” Chuaqui goza con la traducción literal de los apellidos árabes, dejando que los lectores saquen sus propias conclusiones: un profesor se llama Recaselguiarra, que significa Baila con un Cántaro, Attal es Cargador, Aref es Sabio, su tía Soraya es Lámpara y el tío Kamel, Perfecto (paradójicamente, este escapa a América por tener amoríos con una menor de edad). Cuando pasamos a Chile, el autor no hace comentario alguno sobre el significado de los nombres; sin embargo, Virginia es una casquivana, Pilar una estirada y Cordero (Jaruf en árabe, palabra muy insultante) es una maravillosa señora que atiende a un hermano suyo que llega enfermo de Siria. En fin, cual antropólogo estructural, describe el matrimonio desde la serie de términos que componen su protocolo, haciendo para cada uno de ellos una glosa. Evocamos aquí, por asociación libre, las numerosas páginas de los *Comentarios Reales*, del Inca Garcilaso, en las cuales el mundo inca aparece bajo la impronta del quechua y de traducciones que siempre dejan al trasluz los descalces entre ambos sistemas culturales. Ambas escrituras corresponderían, entonces, al género de las Relaciones hechas por los inmigrantes sobre sus mundos originarios, para bien informar a las gentes de su lugar adoptivo.

La Segunda Parte de estas confidencias, que consta de 137 páginas, es el relato de su dura vida cotidiana en Santiago, desde su llegada por un paso cordillerano hasta su supuesta integración definitiva al orden chileno, que en su caso implica la captación del espíritu nacional a través de la apropiación lúdica del lenguaje plasmada en historias pícaras, en una rara combinación que yuxtapone cierta hipercorrección lingüística con el ingenio, que le permite desentrañar el prejuicio sobre su persona y su gente.

Su relato es un sinfín de pequeños cuentos escuchados y vividos en las calles, cocinerías, pensiones y boliches de los barrios populares santiaguinos. Se exhibe aquí una galería de retratos a través de anécdotas graciosas, en las cuales descubrimos el inmenso anhelo de comunicación de este inmigrante, su deseo de ser aceptado y reconocido en la comunidad de pobres donde habita, donde muchas veces es despreciado por ser niño, por ser turco, por tener valores diferentes; pero donde también encuentra acogida. El Chuaqui de 1942 hace desfilar ante el mostrador del tierno adolescente, de rígidos preceptos morales, la ralea de pícaros y pícaras que gozan con el nacer de cada día: Magda la pastelera (casada con un hombre bastante mayor, celosísimo, de oficio talabartero), Joaquín Quin (peluquero catalán), la fresquísima profesora Raquel, la fea Bonifacia de la cocinería (que malinterpreta las atenciones del pequeño turquito), Prosperina (que siempre anda en malos pasos), Patricio

Roldana (acusado de quemar su local para cobrar el seguro), Martita (heroína de folletín), el mozo Eusebio, que engaña a su mujer y causa la desgracia de todo el grupo familiar, el señor Ansaldo (juez venido de la madre patria y ahora caído en desgracia) y muchos otros.

La picaresca nacional es expuesta a través de “chascarrillos” (190), o sea, de cuentos breves y graciosos. Hay, no obstante, en Chuaqui bastante medida, explicable por la contradicción que él siente entre la liberalidad chilena en materias amorosas y su estricta formación religiosa. Por ello, no es raro que se cuenten muchas historias donde algunos mozos y mozas sean castigados por el destino o por alguna enfermedad venérea por su mal vivir. Con el tiempo, nos dirá el narrador, la lectura de novelas le hará cambiar en parte su visión del contrato amoroso. Al final del relato, Chuaqui nos informa que está felizmente casado y tiene descendencia, pero omite indicar con quién. La sensualidad desbordante con que son presentadas muchas mujeres, incluidas colegialas, profesoras, empleadas de tienda, sirvientas y cocineras, nos hace pensar que este sirio se ha curado en salud (sabemos que perdió su virginidad con una obrerita en la misma casa de ella, en ausencia de su esposo); sin embargo, alguien que conoce a la familia me informó, para mi sorpresa, que se había casado con una joven venida de su lugar natal y que al enviudar se había casado con la hermana de ella, que la había acompañado en el viaje. Ser chileno para Chuaqui significó, entonces, convertirse en un hombre letrado y en ser aceptado en una institución sin fines de lucro como los bomberos. La tarea del matrimonio quedó para sus hijos.

Muchos de los chascarrillos tienen que ver con el mal uso del castellano durante estos años de aprendizaje. Al parecer, entre los inmigrantes árabes, esto era un horror. Pues bien, en el relato, desde su inicio, en Homs, se hace hincapié en la necesidad de una buena educación y del conocimiento de idiomas, pues allí estaría la llave para la comunicación. Nos informa que aprendió a leer y escribir árabe tempranamente a la edad de 8 años (recordemos que es hijo de un analfabeto), que escribía las cartas a sus familiares iletrados, que leía vidas de santos y declamaba romances y que, incluso, quiso aprender el turco (idioma del opresor, que otorgaba *status*), pero que un profesor tío suyo no le quiso enseñar. En Santiago, recibe clases de francés en el mostrador de su boliche en los intervalos de su trabajo y asiste a la escuela nocturna del sector; pero debe retirarse por las burlas que le hacían. En fin, cuando adolescente lee *Los Miserables* primero en árabe y luego en español; desea confeccionar un diccionario árabe-español y se atreve a traducir un folletín árabe (que ya era una traducción del turco), que titula *La fuga de Abdul Hamid*, y él mismo distribuye en librerías y sucuchos de la vecindad. Y como corolario, siempre siendo muy joven, saca un diario bilingüe árabe-castellano, el cual, por supuesto, quiebra, dejándolo en la ruina.

Esta loca actividad letrada, hecha a espaldas del boliche (que le da de comer), le permite construirse como persona y, con el tiempo, escenificarse como héroe de un relato. Bien sabe Chuaqui los recortes perpetrados por el idioma, sufridos por él a través del desplazamiento de su nombre propio: de Yamil a Camilo y luego, por consejo de los amigos árabes más establecidos, a Benedicto. Bien sabe que hay que dominar la gramática, pronunciar bien el castellano, tener un amplio vocabulario y usar los giros lingüísticos locales. Con humor y aceptando el ridículo cuenta cómo alguien le jugó una mala pasada y lo mandó a comprar carbón diciéndole que preguntara por los *cabrones*, lo cual casi le valió una paliza de proporciones. Y cuánto tiempo le costó entender que la frase era “No se puede” en vez de “No *si* puede.” ¿Era no o era sí? ¿Cuál era su falta? Riéndose de sí mismo, que es la mejor manera de reírse de los demás sin provocar odiosidades, avanza en el relato conquistando a una audiencia nacional prejuiciosa, recordando incluso los diálogos humorísticos con un amigo peluquero de origen catalán, cuyo local Chuaqui denominaba “Porquería Barcelona,” ante lo cual el otro retrucaba por el bazar del turco “Basural siglo XX.”

¿Para qué cambiar de nombre, para qué hablar bien, para qué contar tantas historias? Para ser aceptado, lo cual significa borrar una palabra, “turco,” amonedada en una frase: “¡Qué lástima que sea turco!,” que lo descalifica para lograr una mujer honorable, para entrar a una institución para servir al país, para tener amigos en la escuela nocturna. Esa frase, habitual todavía hoy en Chile (producto del mal entendido, como se sabe, de que los sirios, palestinos y otras gentes tenían antaño pasaporte turco, por su pertenencia al imperio turco-otomano); ese compasivo sintagma tiene su contrapartida en frases evocativas de su infancia, cuando era recibido por unos parientes pobres y él una vez dijo en la modesta mesa: “Me llené de arroz pero tengo hambre de porotos” (18) y todos lo celebraron. En su narración, el autor no nos otorga la expresión en árabe sino su traducción. ¿Cuánto le habrá costado encontrar la melodía, la sintaxis, el ritmo y el léxico para volver a encontrar allí ese resto de felicidad?

En el caso de Chuaqui, desde niño el trabajo se opuso al estudio. En Homs tuvo que abandonar el colegio a los 10 años de edad para entrar a trabajar como aprendiz de zapatero y aquí en Santiago, la lectura y los estudios del francés se hacen en el mesón entre la entrada y la salida de una clientela díscola. Las letras, sin duda, resultan un mal negocio, como en el caso de la compra de una imprenta para hacer su diario, que finalmente no puede financiar. El trabajo, de seguro fuente de relaciones fraternales y de sustento digno, le resta sin embargo espacio vital para su pasión letrada, que apunta a su anhelo más profundo de que se crucen mágicamente el origen y el destino. Es cierto que su vida reconoce dos partes y dos lugares; pero también es verdadero que

dialogan en un solo espacio real, el de la escritura, regalo del autor a sus queridos lectores y a la posteridad.

El segundo texto árabe que presentaremos es la novela *El viajero de la alfombra mágica*, de Walter Garib, publicada en 1991. Es la historia familiar de los Magdalani a través de cuatro generaciones, siendo el patriarca un palestino de nombre Aziz que se embarcó siendo muy joven desde Haifa hacia 1900, llegando a Buenos Aires, para luego internarse por los cauces de los ríos que cruzan Paraguay con su canoa vendiendo baratijas en los pequeños poblados. En esos recorridos enamora a una niña guaraní, La Nativa, y se la lleva a Cochabamba, ciudad de fuerte presencia de sirios y palestinos, donde se establece con una tienda desde 1905 hasta 1935 aproximadamente.

La historia es narrada desde dos espacios: Cochabamba y luego, Iquique. En la ciudad boliviana se incorpora en calidad de esposa la niña Afife (venida directamente de Palestina); tienen con Aziz cinco hijos, siendo el primero concebido por la guaraní. El triángulo se deshace naturalmente al morir Afife producto de su último parto. Todo es local en esta historia: así la Guerra del Chaco de comienzos de los años 30 es vivida desde la bonanza de la tienda, dedicada a hacer uniformes para los soldados. Estafados por un generalote de la región y acusados de alta traición, Aziz junto a su familia (incluidas aquí las esposas de los hijos) escapan de Cochabamba, traspasan el salar del Huasco, llegan exhaustos a Pica y finalmente bajan a la ciudad de Iquique, donde Aziz se instalará con los suyos casi una década, hasta su muerte.

Nos hemos detenido en estos detalles nimios, para presentar la cartografía migrante del patriarca Aziz, que comienza como un buhonero vagabundo y luego se asienta en ciudades-feudos con su tienda, aun cuando siempre existe el riesgo de seguir trasladándose. A la muerte del jefe de familia, como se dice vulgarmente, el choclo se desgrana: unos hijos, como reconociendo raíces, emprenden la vuelta a Cochabamba, yendo en auto hasta Calama y continuando en tren hasta La Paz; mientras que el mayor de nombre Chafir se ve obligado a trasladarse a Valparaíso, al fracasar como inversionista en una mina de oro. Allí este recorrerá los cerros del puerto junto a sus hijos Bachir y Chucre, “ofreciendo sus chucherías, desde peines de hueso, hilos en canutillos y cintas multicolores, hasta jabones olorosos y colonias demasiado pasosas, cuya elaboración parecía haberse encomendado a perfumistas novatos” (258). El relato culmina en Santiago a fines de los años 60, con Bachir instalado en una gran mansión buscando con su prole los antecedentes italianos o franceses de su apellido redondamente árabe, Magdalani —que nada le debe a la *madeleine* de Proust— y Chucre y sus hijos viviendo en paz con sus antepasados.

La historia no es lineal. Desde Iquique y Cochabamba se realizan avances y retrocesos, incluyéndose una retahíla de pequeños sucesos y de pintorescos personajes de pueblo; amén de insertarse las peripecias de la travesía en barco que trajo al joven Aziz a estas tierras lejanas, pasando por el Estrecho de Gibraltar, esfínter ya cruzado por los árabes para conquistar España, como nos recuerda el narrador.

Semejante a la saga garciamarquiana, esta novela está constituida desde un árbol genealógico que avanza por la rama masculina: es la historia de Aziz, sus hijos, nietos y, muy lateralmente, sus bisnietos. Singularmente, la matriz tiene tres términos: el hombre, su mujer-niña y la concubina. ¿Cómo viven sus espacios las diversas generaciones? ¿Qué significado tienen la familia, la etnia y la nación? ¿Cuál será la actitud de los últimos de la cadena respecto de sus orígenes árabes? Estas incógnitas mueven el relato hacia distintas direcciones, generándose un juego dinámico de diversas voces culturales.

Aziz es el patriarca de la familia: tiene la potestad sobre los hijos y favorece el matrimonio con la misma etnia. No se interesa por los conflictos de la nación boliviana, ni chilena; su nación es la comunidad árabe local y su reino, la tienda y el comedor familiar. Este fabulador y analfabeto personaje, construido con ciertos rasgos macondinos, tiene dos amores activos: cuando su esposa Afife está menstruando o por su embarazo demasiado avanzado, visita la pieza del fondo de la guaraní, su antigua concubina. La generación siguiente modifica en parte esta actitud migrante original. Sus hijos Said y Amín se integran a la nación boliviana a través de sus intereses políticos y letrados: tienen amigos que son agitadores sociales, fundan un periódico de fuerte contenido social y frecuentan círculos universitarios y de trabajadores mineros en Cochabamba y sus alrededores. El final del relato los sorprende detenidos por incitar a una huelga en unas minas de estaño. El hijo mayor Chafik retomará sus raíces árabes en el ámbito de los negocios, al pasar de inversionista en minas (rubro ajeno a su comunidad) a simple buhonero y luego tendero.

La tercera generación está conformada por Chucre y Bachir, hijos de Chafik. En esta pareja aparece dramatizada la pregunta por sus orígenes árabes y americanos (recordemos que tienen dos abuelas: la guaraní y la palestina). Pues bien, Chucre, más marginal y rebelde, tendrá hijos que luchan por la causa palestina en demostraciones públicas en Santiago; mientras Bachir hace una fiesta a pedido de sus hijas para integrarse a la aristocracia criolla en calidad de inmigrantes de apellido italiano. Los señoritos invitados hacen añicos la mansión, situándolos tragicómicamente en el lugar que les corresponde: turcos arribistas con plata.

¿Con quién deben casarse los árabes inmigrantes en América? Existen dos respuestas: la antigua es que la tradición *obliga* a que se casen entre ellos. Lo raro es que en esta historia todos estos matrimonios, salvo excepción, constituyen un fracaso a nivel afectivo, como es el caso de Chafik con Yamile (que es de Palestina) y de Bachir con Estrella Melkonian (que es hija de armenio nacido en Siria). La nueva realidad consiste en el matrimonio por amor, no importando aquí el origen étnico. Así, Said se escapa de casa para casarse con la criolla boliviana Rogelia Vicente, y la joven Jazmín (la hija menor de Aziz) vuelve a Cochabamba para unirse con un primo de segundo grado; en fin, Chucre contrae nupcias a escondidas con Marisol Libermann, germana de tomo y lomo. Estos cruces no afectan la raíz árabe; solo la prolongan.

¿Qué ocurre con las mujeres de este relato? Con las hijas de los Magdalani, muy poco; pues su mención es lateral o de simple relleno. A la inversa, las esposas árabes tienen una función activa actuando, eso sí, de villanas. Yamile y Estrella son rezongonas, arribistas, negociantes avaras, de mal temperamento, insumisas (una se gana una cachetada de Chafik, el personaje más pusilánime de toda la narración); aunque, por suerte, son buenas cocineras, fieles (a mal traer) e insisten en mantener la tradición del matrimonio por etnia. Ninguna de ellas eligió a sus esposos y son inmensamente infelices. En el origen del árbol genealógico aparecen Afife y La Nativa, siendo una la niña sumisa y la otra, la madre protectora (además de sensual y adivina). Ambas son muy calladas y también cocinan muy bien. Las mujeres más entretenidas y salerosas de la historia son las viudas alegres, poseedoras del toque mortal. Estas maduras sensuales revelan gran sentido práctico y son muy respetadas, celebradas y apetecidas por el narrador; en especial dos de ellas: la iquiqueña Isidora Gómez, viuda de boticario (que muere infartado de amores) y luego, de un teniente (que ingiere estricnina por error), y doña Juliana, de Cochabamba, que es viuda de un militar afirulado y más adelante de un correcto zapatero.

Indiquemos, por último, para terminar esta presentación sobre una novela llena de voces caseras y de conversaciones de trastienda sostenidas por buenos platos y bebidas, que existe una experiencia urbana de marginalidad que otorga identidad a esos personajes cuando entran en crisis. En este sentido, los recorridos de Chafik por las calles del puerto de Valparaíso ejerciendo su profesión ancestral de buhonero constituyen un aprendizaje de la vida, que su hijo Chucre recordará desde un presente cuando se ve llevado por la nostalgia a transitar “por las calles retorcidas y empinadas como lo hacía cuando era adolescente con su hermano Bachir, quien se entretenía recogiendo envases de cigarrillos del suelo para fabricar cinturones de papel, trenzando las cajetillas dobladas” (15).

Con tan pocos textos leídos de inmigrantes árabes, nos sentimos impedidos de proponer un cuadro comparativo mínimo. Aun así, podemos ensayar débiles enlaces de estas dos obras con otras del corpus. Lo mismo que Chuaqui, otro chileno-sirio, José Auil, recrea en la escritura la memoria de la aldea natal; en su caso, a través de una serie de estampas que bien pueden valer como cuentos para ser leídos a los hijos o nietos, que nunca estuvieron allí. Nos referimos a su *Aldea blanca*, de 1977. Hay una necesidad en Auil de llenar la pantalla del olvido con imágenes prístinas, cual láminas, cuyo reverso esconde el cuadro de un sagrado sepulcro. Acaso por ello, el último relato incluye el viaje relámpago de un sirio ya americanizado, desde un punto del Sur de América a esa remota aldea, para visitar su cementerio, regresando de inmediato. Chuaqui es, al parecer, el único que adscribe el espacio natal a las reglas del lenguaje: Homs se constituye, en clave lacaniana, como el orden simbólico, es decir, como esa cadena de significantes que resitúa constantemente el pensamiento de Benedicto en tierra extraña.

Hay cuerpos itinerantes, que cruzan constantemente fronteras, como los de la alfombra mágica de Garib; a la inversa de aquellos que llegan a un lugar y de allí no se mueven, como Chuaqui; no obstante, su constante movimiento por las calles mima el cinetismo de Aziz surcando los cauces del Paraguay. Lo común es que se llegue donde hay parientes, conocidos del pueblo natal o una comunidad árabe organizada informalmente, que instalan a los recién llegados en redes precarias, suficientes para que se pongan en movimiento como buhoneros. En la novela *Los turcos*, de Roberto Sarah, de 1961, varios hermanos pasan miserias en Buenos Aires, Valparaíso y luego en Santiago, sufriendo además el escarnio de los nativos por sus estafalarias vestimentas y su lenguaje incomprensible; en una palabra, por ser *turcos*, marca que, a diferencia del joven bombero Chuaqui, nunca se mitiga en ellos. Por último, existe una experiencia de la marginalidad social y cultural, que hace que estos personajes no asocien la pobreza con la indignidad y afirmen su identidad en lo popular urbano.

VOCES COMUNITARIAS

Al desplegar la serie de textos leídos cuyo tópico es la experiencia comunitaria de judíos y árabes en Chile, y entendiendo que es una serie abierta, a la cual de seguro le faltan términos que irán modificando drásticamente su configuración, igualmente este corpus mínimo señala con claridad las preguntas originales: sobre el posible descalce entre el origen y el destino, sobre las comunidades cerradas y abiertas, sobre el diálogo definido desde sus interferencias. Y de un modo más concreto, en el caso de estos cuerpos y voces inmigrantes, sus movimientos lineales que tienden a dibujar un círculo, sus

lenguajes nómades, de cómo los hijos e hijas enfrentan la Ley; en fin, del anhelo supremo de armonizar el efecto con la causa, del deseo de recrear los orígenes sagrados en el último rincón del mundo. La escritura se revela entonces como una débil primera palabra comunitaria, una propuesta de génesis, desde la escucha de las voces marginales que constituyen un sujeto cultural. Entender que nosotros hemos formado parte desde siempre de esa constelación implica sellar un pacto sagrado de lectura, que nos conmina a reinventar la biografía familiar, la memoria de una nación y la historia de nuestra América.

BIBLIOGRAFÍA

- Agosín, Marjorie. *Sagrada memoria. Reminiscencias de una niña judía en Chile*. Santiago: Cuarto Propio, 1994.
- Auil, José. *Aldea blanca*. Santiago: Universitaria, 1977.
- Cabal, Ema. *El valor de vivir*. Chillán: Sociedad de Escritores de Ñuble, 1985.
- Chahuín, Edith. *Nahima. La larga historia de mi madre*. Madrid, Debate, 2001.
- Chuaqui, Benedicto. *Memorias de un emigrante. Imágenes y confesiones*. Santiago: Zig-Zag, 1995.
- Garib, Walter. *El viajero de la alfombra mágica*. Santiago: Fértil Provincia, 1991.
- Guralnik, Sonia. *Para siempre en mi memoria*. Santiago: Ediciones B, 2000.
- . *Sonata de carne y hueso*. Santiago: Lom, 2000.
- Hales, Jaime. *Peregrinos de ojos brillantes*. Santiago: Casa Doce (Alfabet), 1995.
- Jeftanovic, Andrea. *Escenario de guerra*. Santiago: Alfaguara, 2000.
- Jodorowsky, Alejandro. *Donde mejor canta un pájaro*. Barcelona: Seix Barral, 1994.
- Littin, Miguel. *El viajero de las cuatro estaciones*. Santiago: Antártica, 1990.
- Mordoh, Isaac. *La herencia de Sefarad*. Santiago: Mar del Plata, 1997.
- Peliowssty, Beinich. *Amores congruentes*. Santiago: Rumbos, 1994.
- Platovsky, Milan. *Sobre vivir: memorias*. Barcelona/Santiago: Andrés Bello, 2000.
- Rimsky, Cynthia. *Poste restante*. Santiago: Sudamericana, 2001.
- Samamé, María Olga. "Aproximación a una novela de emigración árabe: *El viajero de la alfombra mágica* de Walter Garib." *Revista Chilena de Literatura* 60 (2002), 23-54.
- . "Transculturación, identidad y alteridad en novelas de la inmigración árabe hacia Chile." *Signos* 53 (2003), 51-73.
- Sarah, Roberto. *Los turcos*. Santiago: Pacífico, 1961.
- Scherman, Jorge. *Por el ojo de la cerradura*. Santiago: Cuarto Propio, 2000.
- Vásquez-Bronfman, Ana. *Las jaulas invisibles*. Santiago: Lom, 2002.